

—Te quería pedir el favor de ser el padrino de tu primer chico.

—Concedido — contestó el joven apretando fuertemente la mano de su amigo.

Una tarde que Celia volvía á la granja con Andrés, Catalina le dió una carta.

—¡Dios mío, es de Pablo!—gritó abriéndola con presteza.

Después leyó en alta voz:

—«Querida y respetada señorita: Su tutor ha muerto de repente ayer mañana. El pobre señor, víctima de una apoplejía, ha dejado este mundo sin recobrar el conocimiento. ¡Dios le haya perdonado!

Ahora es usted libre y dueña de su fortuna y puede volver á su casa sin temor á contrariedades. La señora Prascovia dejará el castillo en cuanto usted llegue, salvo las órdenes de usted. Tendré el honor de ir á buscarla á usted pasado mañana temprano, cuando hayan terminado las ceremonias del funeral.

Besa respetuosamente la orilla de su vestido, con gran satisfacción por volverla á ver, su humilde y devoto servidor,

*Pablo Petrovitch.*

Después de la lectura de esta carta, Celia miró á Andrés. Este se había dejado caer sobre el banco, pálido como un muerto, y la miraba con extravío.

—De modo que el pobre hombre ha muerto de repente —dijo Catalina.—Nadie podía figurárselo... ¿Qué te pasa, Andrés, que estás tan pálido?—añadió observando el trastorno de su hijo.

—Nada, madre; la alegría llevará á la señorita libre de sus disgustos.

Después de decir estas palabras con voz aho-

gada, Andrés salió de la sala precipitadamente, huyó al monte, y echándose sobre un montón de hierba segada, rompió á llorar como un loco la primera vez en su vida.

## IX

Pasados dos días, toda la familia de Ivan Ivanovitch estaba reunida cerca de las doce ante la puerta de la granja, alrededor de un ligero cochecillo tirado por dos caballos negros. Pablo estaba en el pescante, y un criado joven que había traído con él le ayudaba á colocar los equipajes. Varios mujiks, parados á la orilla del Támesis, contemplaban con indolencia los preparativos de la marcha.

Todo estaba dispuesto. Celia, que había vuelto á ponerse su verdadero traje, abrazó á Catalina que lloraba amargamente, á Macha, que lloraba también, á Ivan, á Redor y á Fedia, el chiquito, y después subió al coche.

Andrés, á caballo, quiso escoltar á la joven durante una hora ó dos.

—Siento tristeza al marcharme —dijo Celia echando una mirada á la granja, á la ventana abierta del cuarto donde había vivido y á toda aquella gente desolada.

—¡Qué acostumbrados estábamos á usted! —dijo Catalina sin cesar de llorar.—¡Qué vacía nos va á parecer la casa! ¡Qué tristes vamos á estar!

—Os aseguro contestó Celia—que nunca olvidaré los días que he pasado con vosotros, y que han sido los mejores de mi vida. Vamos, no lloréis más, que á mí también me falta poco para llorar.

—¡Vamos, vamos!—exclamó Pablo—sed razonables, amigos míos; no parece sino que vamos a algún entierro. Ya nos volveremos á ver, que no nos vamos ni muy lejos ni para siempre.

—Razón tiene—añadió Celia,—nos veremos con frecuencia, porque ya vendréis á pasar algunos meses al castillo. Hasta la vista, queridos amigos, y mil gracias por vuestra buena hospitalidad.

—¡El cielo os proteja, señora!—exclamó Ivan agitando su gorro.

—¡Adiós, adiós, señorita querida! ¡Que sea usted feliz!—dijo Catalina limpiándose los ojos. Salió el coche á galope. Celia se volvió é hizo otra seña de despedida á los aldeanos, después el camino hizo una curva, y ya no les vió.

Andrés galopaba al lado del coche. Lívido, con los dientes apretados, y rodeados los ojos de ojeras azuladas, miraba ante sí estremecido á veces por la fiebre.

—El que nada dice es el más desconsolado—murmuraba Pablo mirándole á hurtadillas.

Celia no se atrevía á hablar al joven, porque nada había podido decirle. Sabía que aquel dolor era demasiado profundo para que lo calmaran palabras vulgares, y además, ella sentía también algo como una inquietud indefinible que le apretaba el corazón.

El día era cálido, puro el cielo; el polvo levantado por las ruedas del carruaje extendía una nube de oro á los rayos del sol; cantaba una alondra aleteando á gran altura, y las cigarras producían incesantemente el ruido de una caraca.

Llegado al pie de una cuestecilla, Andrés se detuvo de pronto.

—Acabemos—dijo.—De aquí no paso.

Pablo refrenó á los caballos.

—Adiós, querido Andrés, adiós. No me olvides. Muchas veces pensaré en tí—dijo Celia.

—¡Vea usted qué hermoso tiempo—contestó.—El aire huele bien, arde el sol, parece un día de fiesta. ¿No es este un buen presagio para la marcha?

—¿Qué quieren decir esas frases incoherentes? ¿Pierdes el quicio, Andrés?—preguntó Celia.

Sonrió el joven, y dijo:

—¡Ay! ¡Si estuviera ya loco!

—¿Qué te pasa? ¡Tu mirada aterra!

—¡Adiós—gritó—adiós, hermosa novia mía!

Y huyó por el campo.

—¡Protéjanos San Sergio!—murmuró Pablo.

—El pobre ha tomado su papel por lo serio.

Celia, inclinada, fuera del coche, seguía con la mirada al joven, cuyo caballo parecía desbocado.

De pronto vió caer á Andrés y oyó un tiro.

Un grito de horror se le escapó de sus labios.

—¡Le ha matado! ¡Loca de mí! ¡Le quería!

Pablo lanzó sin vacilar sus caballos á través de las plantaciones, en la dirección que había tomado Andrés. De pie, sobre el pescante, exploraba con la vista un gran espacio, mientras dirigía el tronco, algo espantado por los saltos del coche y las espigas que se les hincaban en el pecho. Algún tiempo llevaba sin descubrir nada, cuando una de las ruedas del coche pasó bruscamente por encima de un obstáculo que había encontrado.

Pablo saltó con presteza al suelo.

—Esta es la carabina de Andrés—dijo—y está, en efecto, descargada.

Celia se había tapado la cara con las manos,

sin querer ver nada, pero se descubrió los ojos á su pesar.

—¿Dónde está él?—preguntó angustiada.

—No lo veo—contestó Pablo,—Dios sabe á donde le habrá llevado su caballo.

Sin embargo, se inclinó.

—Aquí hay sangre—dijo—y yo creía que era una amapola.

Celia se lanzó fuera del coche, exclamando: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué habrá sido de él! Y miraba con desesperación la impenetrable muchedumbre de los trigos ya muy altos.

—Por este lado hay gotitas de sangre en las espigas que están ligeramente inclinadas, sigamos esta huella.

Celia echó á correr en la dirección indicada, y Pablo iba detrás. Algunos tallos rotos y muchas espigas inclinadas, les guiaban.

De pronto la joven dió un grito y cayó de rodillas.

—¡Ahí está inmóvil! ¡Pablo, está muerto!—gritó rompiendo á llorar.

Pablo se arrodilló junto al hijo de su amigo.

—Muerto no está, pero es lo mismo, porque agoniza. ¡Pobre Andrés! ¡Parece imposible!

—¡Andrés, Andrés! ¡Háblame, te lo ruego, di una palabra, dime que me perdonas! Ya ves, Pablo, como ha muerto, puesto que no lo despierta mi voz. Culpable he sido, Dios mío, pero el castigo es demasiado cruel.

—¡Tan guapo, tan joven, tan valiente, y morir así!—murmuraba Pablo.

—¡No, no es posible! ¡No morirá! ¡Yo le salvaré!—exclamaba la joven con febril exaltación—¿qué sería de mí sin él? ¿Porque le amo, me oyes? Tengo en un dedo su anillo de boda y me casaré con él, lo juro.

Pablo miraba á su ama cón espanto.

—Ven—continuó ésta,—nos lo llevaremos al castillo, no perdamos un instante.

—Llévesme—dijo Pablo,—pero mucho me temo que cuando lleguemos sea cadáver.

—Cállate, Pablo, ¿no crees en Dios?

—No diga usted eso—respondió Pablo santiguándose.

Se acercó el coche, y Pablo, con ayuda de su compañero, que se había quedado junto á los caballos, levantó al herido con cuidado; al primer movimiento, un chorro de sangre brotó de la herida manchando la falda de Celia, que estuvo á punto de desmayarse; pero dominó su dolor y ayudó á colocar á Andrés sobre los almohadones; luego se sentó á su lado.

Pablo llevó los caballos de la brida hasta el camino; allí subió al pescante y los lanzó á galope.

El viaje fué para Celia un largo suplicio: sostenía lo mejor posible al moribundo, cuya inerte cabeza sentía saltar sobre su hombro al menor vaivén; Celia se estremecía y procuraba evitar sus consecuencias para el herido.

—¿Le quieres matar, Pablo? ¡Modera la velocidad!

En cambio otras veces temía ir demasiado despacio, y gritaba:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! Su sangre brota por todas partes. Si tardamos en llegar algunos minutos, no le quedará una gota en las venas.

Al fin llegaron á Wologda y atravesaron la puerta del castillo. Antes de poco tiempo un médico asistiría al herido.

Criados y criadas se juntaron alrededor de la gradería para saludar á la señora. Prascovia, muy enlutada, se adelantaba también con triste

aspecto. Por poco se cae de espaldas viendo á la joven cubierta de sangre, con el rostro trastornado y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Señor! ¡Qué catástrofe!—gritó.

—¡Abrid las puertas! ¡Traed paños limpios y agua fría!—exclamó Celia al penetrar en el vestíbulo.

Después abrió la escalera corriendo.

—¿A qué cuarto hay que llevar al herido?—preguntó una doncella—¿al del señor que acaba de morir?

—No, no—dijo Celia;—llevadle al cuarto de mi padre.

—¡Al cuarto de su padre!—murmuró Prascovia.—A un cuarto que no dejó habitar por nadie y que venera como si fuese una capilla. ¿Es algún gran dignatario el moribundo que nos trae?—preguntó á un criado.

—Es un mujik, señora.

—¡Un mujik! ¡Esta muchacha se ha vuelto loca!

—Y subió llena de curiosidad detrás de los hombres que llevaban al herido.

Por fin extendieron á Andrés en una cama, y Celia se inclinó hacia él para ver si respiraba todavía.

—¡Dios mío! ¿Vendrá ese médico?—exclamaba desesperada.

—¡Aquí está, señorita!—dijo una voz que Celia conoció en seguida.

—¡Ah, querido Ovnikof! ¡Venga usted en seguida!

El doctor entró en el cuarto y dió el sombrero y el bastón á un criado, diciendo:

—¡Calma, calma! ¿Qué sucede? ¿Por qué está usted así?

—Celia se acercó á la cama.

—¡Ah!—dijo el médico—¡un accidente!

Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la frente, y después sacó de la cartera unas tijeras y cortó rápidamente los vestidos del herido.

—Denme agua—dijo.

Apareció la herida algo más arriba de la tilla izquierda, y el doctor la examinó largamente, diciendo:

—Es raro; la bala ha entrado de abajo arriba. ¿Cómo ha ocurrido el accidente?

—La carabina se ha descargado estando el joven á caballo—contestó Celia.

—Incomprensible es, pero eso importa poco. Ayúdame á levantarlo—dijo á Pablo que estaba inmóvil cerca de la cama.—Eso es—añadió,—la bala ha salido por encima del hombro.

Sintió el herido un espasmo convulsivo y apareció en sus labios sangrienta espuma.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Acabáis con él, doctor—gritó Celia—Parece que agoniza.

—No; es que se ahoga; pero váyase usted de aquí, querida niña, este espectáculo doloroso le causa á usted demasiada impresión.

—No, no; me quedo. Mire usted, ahora abre los ojos.

Andrés recorrió la concurrencia con una mirada sin expresión, y después perdió de nuevo el conocimiento.

—¡Señor, esto es horrible!—dijo la joven tapándose el rostro con las manos.

El doctor hizo la cura sin que el enfermo se estremeciera. La respiración penosa y profunda era lo único que dilataba en él la vida.

—¿Hay esperanza?—preguntó Celia mirando á Ovnikof angustiosamente.

—Nada puedo decir aún—respondió el doctor encogiendo de hombros. La herida es muy

grave, y si una costilla no hubiera hecho desviarse la bala, ésta habría penetrado en el corazón. El pulmón está atravesado y de nada puedo responder.

—Doctor, si quiere usted á la niña á quien ha visto nacer, le salvará usted—exclamó Celia.

—¿No la he de querer á usted? ¿Se interesa usted mucho por él?

—Mucho—contestó Celia ruborizándose algo.

—Es realmente el joven más hermoso que he visto. ¿Quién es?

—El hijo de un aldeano que me ha prestado grandes servicios. ¡Ay, Pablo! ¿Qué dirán Ivan y Catalina? ¿Cómo les daremos cuenta de esta desgracia?

—¡Pobres amigos! No seré yo quien les lleve la noticia—dijo Pablo llorando.

—Manda á alguien que les digan que ha ocurrido un accidente: que Andrés se ha caído del caballo y que le hemos traído aquí para cuidarle mejor, y que esperamos salvarle. ¿Verdad, doctor, que le salvaremos?

—Es joven y robusto, quizá le salvemos.

—Haré lo que usted manda—dijo Pablo marchándose.

Prascovia fué tras él para interrogarle.

—Veamos, hija mía—dijo Ovnikof al verse sólo con Celia—¿qué tiene usted? ¿Qué ha pasado? Celia bajó los ojos.

—Creo adivinar la verdad—dijo el doctor—no se explica la herida de este muchacho más que como una tentativa de suicidio. Ha querido matarse y tal vez por causa de usted.

—Verdad es—dijo resueltamente la joven—y, si muere, llevaré mis remordimientos á un convento.

—¡Vamos, vamos! Menos exaltación, juro ha-

cer cuanto esté en mi mano para sacarle adelante. Pero ruego á usted que se tranquilice, porque tiene la cabeza ardiendo y está febril. Quitese usted ese vestido ensangrentado y descanse un poco sin temor, que yo me instalo junto al herido y no me muevo de aquí.

Celia estrechó con efusión la mano del doctor y se alejó después de haber mirado largamente á Andrés. Prascovia fué á buscar á la joven á su cuarto, volviendo á tomar el doliente aspecto que había preparado para recibirla. Las doncellas desnudaban á Celia y le bañaban la frente con agua fresca mientras estaba echada en un sofá.

—Querida señorita, ha muerto su tutor, mi pobre marido, el compañero de mi juventud—dijo Prascovia echándose á llorar.

—Ya lo sé, ya—respondió Celia.

—¡Qué horrible desgracia! Ayer le han enterado y creo que no le sobreviviré.

—Hay que resignarse—dijo Celia;—aun es usted joven y se volverá á casar.

—¡Hablarme de eso cuando está recién enterado mi esposo!—gritó Prascovia levantando los brazos al cielo.

—No me haga usted caso, porque tengo la cabeza trastornada.

—Quizá la desagrade á usted mi estancia en el castillo; si así es, al momento me iré.

—No, no, quédate. ¿Qué sería de mí en el estado en que me encuentro sin poder ocuparme de nada?

—La muerte de mi pobre Sarnilof me ha dejado casi sin recursos, se había arruinado... ¡Ah! Ahí está Alejandra haciéndome señas.

Prascovia fué á hablar con una criada y volvió en seguida.

—Una visita, hija mía. Ya sabe todo el mundo que está usted de vuelta.

—Digan ustedes que estoy enferma.

—Pues si es el gobernador del distrito con su mujer, que vienen á dar el pésame.

—Pues como si fuera el Gran Turco—exclamó Celia,—para visitas estoy yo.

Y dejó su habitación para volver junto al herido.

—Pues señor, novela tenemos—se decía Prascovia bajando al salón.—Imposible es que á un mujik le de ella la habitación de su padre, llame por él al médico y mande á paseo al gobernador. Ese aldeano es algún príncipe disfrazado.

—¡Dios mío! ¡doctor! ¿está peor?—preguntó Celia viendo á Ovnikof inclinado hacia el herido cuando penetró en el cuarto.

—Apenas puede respirar; la sangre no sale ya de la herida, y temo una hemorragia interna. Ordene usted que suba mi cochero cuando vuelva de la farmacia.

Celia misma bajó y salió del peristilo:

El carruaje del Gobernador esperaba al pie de la escalinata; los caballos removían la arena con los cascos, mientras el lacayo saboreaba un vaso de kwas.

—¿Es ese el coche de Ovnikof?—preguntó la joven.

—No, señorita—contestó su criado,—es ese otro que viene ahora.

Celia no dió al cochero tiempo de bajar, cogió el paquete de medicinas y volvió á la casa. En aquel momento se abrió la puerta del salón, y con ruido de voces, el gobernador, su mujer y su hijo, seguidos de Prascovia, aparecieron en el vestíbulo. Celia pasó corriendo por entre

ellos, y le faltó poco para derribar al hijo del visitante, joven alto y flaco como una pórtiga.

—¡Cómo! ¡Es Celia Gregorowna! ¿Pues no estaba enferma?—exclamó el gobernador.

—Nada se le puede ocultar á usted—dijo Prascovia con misterio.

—¡Ah! ¿es que la joven ha perdido el juicio?

—No es eso. Creo que el czarevitch está aquí.

—¡El czarevitch!

—¡Pch! Guárdeme usted el secreto—dijo Prascovia con un dedo en la boca.—Accidente de casa. Celia se ha traído el herido en su coche...

El gobernador se fué aturdido.

Al acabar la noche Andrés recobró su débil y confuso sentimiento de la vida. Paseó por el cuarto esa mirada vaga y soñadora propia de los que salen de un largo desvanecimiento. Vió relucir en las paredes tapices de raso y púrpura, sobre el suelo una alfombra espesa llena de rosas grandes y oscuras, en el techo cisnes y amorcillos jugando entre nubes azules.

Frente á él vió á un desconocido adormecido en un sillón, con la cabeza apoyada en la mano, ligeramente calvo, de pobladas cejas y canosas patillas. Andrés le miraba sin darse cuenta, sintiendo como un peso enorme que le aplastaba.

Lo que más atraían las miradas del herido eran dos grandes lámparas encendidas sobre la chimenea, que reflejadas por el espejo á los globos de cristal esmerilado, le parecían dos perlas, y mil objetos dorados brillaban alrededor.

Intentó levantarse para ver mejor, pero experimentó terrible dolor y exhaló un gemido.

Celia, que se había aletargado en una butaca á la cabecera de la cama, se puso de pie y llamó al doctor. Este se había levantado también y echó una medicina en un vaso.

—Ayúdeme usted—dijo á Celia.

Andrés, caído de nuevo sobre la almohada, había cerrado los ojos; Celia le levantó la cabeza y dijo:

—¡Ay! De nuevo tiene espuma sangrienta en los labios.

—No importa, se ha quejado, lo cual prueba que recobra la sensibilidad, y lo prefiero así. Mire usted cómo bebe ávidamente.

El joven abrió otra vez los ojos, vió á Celia inclinada hacia él, con peinador blanco y la cabelleira medio suelta, y quiso sonreír.

—¡Ah!—exclamó ella—me reconoce! ¡Se ha salvado!

—¡Celia!—preguntó Andrés lentamente—¿dónde estamos?

Su voz tenía un timbre extraño, sordo, que parecía venir de lejos.

—¡Silencio!—dijo Ovnikof—calle usted, charlatán, que le prohíbo hablar.

Andrés miró al doctor y luego á Celia.

—Hay que obedecer—dijo ésta.

—Vámonos de aquí—replicó Andrés más bajo.

—Falta aire.

—¡Cuánto sufre! ¡Qué penosa es su respiración!

—Creo que va á dormirse—dijo el doctor.

—Callemos.

Celia se sentó de nuevo á la cabecera, pero el herido, con una mirada llena de inquietud, intentó volver la cabeza para mirarla otra vez. Ella se acercó entonces y le cogió la mano.

—Hay que tratarlo como á un niño mimado—dijo Ovnikof.—Déjele usted la mano y se dormirá.

El doctor se aletargó de nuevo; Andrés cerró en seguida los ojos y Celia siguió velando.

Recorrió en su imaginación todas las fases de la temporada de seis meses que había pasado en la aldea rodeada de afectos profundos y sinceros: se preguntó cómo había podido marcharse con tanta tranquilidad y sin darse cuenta de sus propios sentimientos. Tan caprichosa que despreciaba á veces lo que le había gustado la víspera, y que en medio de las fiestas, el lujo y los triunfos, hallaba la vida vacía y monótona, había podido vivir tanto tiempo en una granja, sin adornos, sin su acostumbrado bienestar, sin sentir un sólo momento de fastidio, y no había comprendido el origen de tal milagro, no había sabido leer en su propio corazón; había sido necesario un suceso terrible para arrancar de su boca la confesión de su amor.

Si,—se decía—si no es por este acto de desesperación, le habría dejado marcharse, habría vuelto aquí sola é indiferente. ¿Y qué me habría pasado? ¿Qué corazón lleno de ternura habría hallado el mío? ¿Hubiera yo podido vivir ahora en medio de estas cortesías indiferencias, de estas protestas falsas é interesadas? ¿Qué hombre me amaría tanto que prefiriera la muerte á mi ausencia? ¿Dónde encontraría un corazón semejante á ese, tan leal y tan noble, una abnegación tan completa? ¡Y he estado á punto de desdeñar un tesoro tan raro! ¡Temo que Dios me castigue arrebatándome el único ser que hoy quiero en este mundo!

Y mirando la hermosa cabeza de Andrés, pálido y contraído el rostro por el padecimiento, seguía con la mirada su penosa respiración. Acudieron entonces las lágrimas á sus ojos y sintió una especie de remordimiento ante aquel enfermo que sufría por su causa.

—Si vive he de amarle mucho y hacerle olvi-

dar lo que ha padecido por mí. Soy libre, afortunadamente, dueña absoluta de mis acciones, y puedo hacer sin obstáculos la locura que ha de darme la felicidad. ¡Qué alegría ha de hacer conocer el mundo á esta alma virginal que sólo ha admirado la naturaleza! ¡Ver sus sorpresas, sus entusiasmos! ¡Sentir de nuevo cerca de él sensaciones antiguas borradas por la sociedad!... Prometo devolverte la hospitalidad que de tan buena gana me has dado. ¡Hiciste de mí una aldeana; yo haré de ti un gran señor!

Celia, sobreexcitada por aquel terrible día y aquella noche de insomnio, no podía detener sus lágrimas. Apoyó la abrasada frente en la mano de Andrés, que seguía acariciándola con la suya. El joven se despertó.

En los árboles del jardín cantaban, á no poder más, los ruiseñores. Amanecía.

—¡Celia!—murmuró Andrés.

La joven levantó la cabeza y exclamó:

—¡Querido Andrés; ¿vivirás, verdad? No me dejarás sola en el mundo, porque me quieres demasiado para irte sin mí.

—¡Vaya, vaya! Si seguimos así, le impediré á usted la entrada en este cuarto—dijo el doctor, que despertó sobresaltado.—Ahora mando yo. Agita usted á mi enfermo y tendrá fiebre en seguida. Déjele usted en paz de una vez. Mire usted—añadió viendo fruncir el ceño á Andrés,—todavía está con un pie en el otro mundo y ya quiere defenderla á usted.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó Celia.

—Por su bien lo digo—dijo Ovnikof preparando otro medicamento.

Después de ver dormido de nuevo á Andrés, Celia consintió en ir á descansar un poco.

Cuando algunas horas más tarde se despertó

cansadísima y con la cabeza pesada, vinieron á decirle que el notario y otras varias personas la esperaban hacia rato.

—Vaya usted á saber cómo está el herido—dijo á la doncella, que obedeció y volvió diciendo:

—No hay novedad. Sigue descansando.

Celia, saltando de la cama, dijo:

—Visteme, y vamos á ver qué quiere ese notario.

—¿Qué va á querer?—exclamó Prascovia que entraba en la alcoba.—Pues rendir cuentas de la tutela y poner á usted al corriente de sus negocios y en posesión de su fortuna.

—¡Qué fastidio!—dijo Celia malhumorada.

—Vamos, hay que ser razonable—replicó la viuda de Samálof besando á Celia en la frente.

—¿Por qué estará tan amable?—pensó la joven.

—¿Y el enfermo ¿cómo está?

—Lo mismo, pero me ha conocido y me ha hablado algo, y quizá le salvemos.

—¡Alabado sea Dios!—dijo Prascovia con entusiasmo.

—¿Qué será esto?—se decía Celia mirándola á hurtadillas.—¿Me voy á poner luto?—añadió mirando al vestido que le preparaban.

—No, pero lo llevará usted algunos días. Bien debe usted eso á la memoria de quien le ha servido de padre—contestó Prascovia.

—Verdad es—replicó Celia bostezando.

—Además, así está usted encantadora, y sus brazos extendidos sobre la tela oscura, son magníficos.

Verificábase la reunión en la biblioteca, situada en el piso bajo, y la formaban numerosas

personas que Celia no conocía, como mayordomos, intendentes y colonos. El notario, auxiliado por sus pasantes, estaba sentado ante una mesa, y se levantó al entrar la joven.

—Dispénsenme el haberles hecho esperar—dijo ésta sentándose en el sillón que le estaba destinado.

También se sentó Prascovia extraordinariamente agitada, ruborizándose, palideciendo, suspirando profundamente y dirigiendo á Celia miradas en que tan pronto se leía el odio como la súplica.

La joven no se enteraba, porque su pensamiento estaba con Andrés. Con la cabeza apoyada en la mano y mirando al suelo, parecía haber olvidado completamente á la concurrencia.

El notario arregló varios legajos que tenía delante, se puso los anteojos, se sonó ruidosamente, y dijo á Celia:

—En nombre de la señora Prascovia Samailowna, presente, voy á dar á usted cuenta exacta del estado de sus bienes, administrados hasta hoy por el señor Samailof.

Y empezó á leer atentamente todos los papeles.

Enumeró las aldeas, los campos, las alquerías, los mujiks pertenecientes á la joven; manifestó el importe de los arrendamientos que pagaban los colonos; fijó el término medio de las cosechas, dijo los nombres de los siervos muertos, enfermos y el total de los nacidos, y después, al llegar á las cantidades líquidas, anunció las ganancias y las pérdidas. Aquella voz monótona acabó por adormecer á Celia, y el notario advirtió que su cliente no oía una palabra.

—Si la señorita duerme—dijo—no podemos continuar.

—¡Está tan cansada!—dijo Prascovia.

No importa. Se trata de cosas que forzosa-mente tiene que oír.

Callaron un momento. Celia despertó en seguida, preguntando:—¿Se acabó?

—Pronto, señorita—contestó el notario algo resentido.—Debo manifestar á usted que su tutor creyó que podía disponer de una cantidad de cincuenta mil rublos perteneciente á usted, y arriesgarla en una empresa cuyo fin era mejorar su propia fortuna. Desgraciadamente, el negocio salió mal y se perdió el dinero.

Prascovia padecía horriblemente.

—Algún dinero me queda—dijo con voz ahogada,—y aunque tuviese que pedir limosna, restituiré la cantidad perdida.

—¡Bah! Conserva tu dinero—contestó Celia—¿Qué son cincuenta mil rublos? ¿A qué hablar de esa miseria?

—¡Ah! Qué corazón tiene usted tan generoso—exclamó Prascovia abrazando á la joven.

—¿Puedo irme?—preguntó Celia mirando al notario.

—Todavía no, como no dé usted plenos poderes á alguien.

—No tengo inconveniente. Se los doy á Pablo,—contestó riendo al anciano.

—¡Cómo! ¿A un siervo?

—¡Pablo un siervo!

—Señorita—dijo éste adelantándose,—tan ligero era el yugo, que nunca pensé en pedir mi libertad.

—Pues yo te la doy; sustitúyeme, que entiendo de estas cosas más que yo. Tienes toda mi confianza y apruebo cuanto hagas.

Y después de haber saludado ligeramente á la concurrencia, se escapó.

—¡Qué cabeza tan loca!—murmuró el notario.  
—¡Bien administrada va á estar la fortuna!

Celia corrió al cuarto de Andrés, poniéndose antes una rosa colorada en el corpiño para atenuar el efecto fúnebre de un traje de luto.

—¿Qué tal, doctor?—preguntó entrando con sigilo.

—Apareció la fiebre y está delirando. Hace un momento creía batirse con un oso, y he tenido que apelar á todas mis fuerzas para que se estuviese quieto.

—Dispénsame usted mi brutalidad—dijo el herido con aquella voz sorda cuyo sonido hacia daño,—le tomaba á usted, en efecto, por un oso.

—Mira, muchacho—dijo Ovnikof,—el día en que te encuentres capaz de darme una paliza, me alegraré en el alma. A propósito—añadió volviéndose hacia Catalina,—han llegado sus padres, ¿podemos hacerles subir?

—¡Ay! ¡Dios mío! Como soy la causa de su desgracia, creo que no podré soportar su mirada tan buena como leal—exclamó Celia.

—¿Qué dice usted, señorita? ¿Tiene usted la culpa de que yo sea tan torpe que no pueda manejar una escopeta?

—¿Oye usted lo que dice, doctor?—preguntó Celia.

—Me gusta mucho este muchacho—dijo Ovnikof á media voz.

Pronto entraron Ivan y Catalina. Apenas se atrevían á pisar las muelles alfombras, pareciales que se hundía el piso y contenían su llanto por respeto.

Celia corrió hacia ellos y les abrazó.

—¡Quién iba á decir que nos veríamos otra vez tan pronto!—decía llorando.

—¡Andrés, mi mismo hijo!—balbuceaba Ivan tapándose la cara con las manos.

—No hay por qué llorar—dijo Andrés,—no hay hombre á quien no le suceda una desgracia en la vida. Al contrario, debo dar gracias á Dios que ha permitido que me socorrieran, y que á lo menos muera entre aquellos á quienes quiero.

—¡No hables de morir, Andrés!—gritó Celia.

—¡A qué vivir, si ella me ha dejado!—murmuró el herido en un nuevo acceso febril. Me abandonó en el camino; quería seguirla y no pude, porque las ruedas de su coche me habian destrozado el corazón.

—¡Dios mío! ¡No sabe lo que se dice!—exclamó Celia echándose á llorar.

Ivan sollozaba bajito.

—Si han venido ustedes para que sigamos esta música, váyanse, porque fatigan al enfermo. Le ruego á usted, Celia, que se los lleve, y prohíba á todo el mundo la entrada aquí—dijo Ovnikof mal humorado.

Celia obedeció á su pesar, y mientras cerraba la puerta, al marcharse, oyó la voz de Andrés que repetía lentamente:

—¡Se ha marchado, se ha marchado!

## X

Algunos días más tarde, hacia una hora que se habia levantado Celia y tenia en las manos un libro que no leía, cuando Ovnikof llamó á la puerta de su cuarto. La joven palideció al verle, pero le pareció que el doctor tenia alegre el semblante. Celia no se atrevió á hablar y sólo le interrogaba con mirada ansiosa: